

CELEBRACIÓN DEL 80 ANIVERSARIO DE LA PROCLAMACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD COMO PATRONA DE CUBA

La Habana, Parroquia N. S. de la Caridad, 8 de mayo de 1996

Queridos hermanos y hermanas:

El próximo 10 de mayo celebra la Iglesia Católica cubana el octogésimo aniversario de la proclamación de la Virgen de la Caridad de El Cobre como Patrona de Cuba, por el Papa Benedicto XV.

A los 80 años de este evento recordamos aquella gran alegría del pueblo cubano y es bueno traer a nuestros recuerdos las circunstancias que precedieron aquella significativa designación de María de la Caridad, Madre de Jesucristo Salvador, como Patrona de nuestra Patria.

Ya nuestro pueblo desde siglos atrás había venerado a la Virgen María de manera muy especial. La devoción a la Madre del Señor, con su dulce título de Virgen de la Caridad, se había extendido por toda la isla de Cuba y los católicos de todas las regiones del país la consideraban como la Madre de todos los cubanos. Pero, una vez obtenido la anhelada independencia de Cuba del dominio colonial español, creció en los cubanos el deseo de que la Virgen de la Caridad fuera proclamada solemnemente por el Santo Padre, Pastor Supremo de la Iglesia, Patrona de nuestra nación.

Fueron los veteranos de la guerra de independencia quienes tomaron la iniciativa de hacerse voz de la inmensa mayoría de nuestro pueblo y escribieron al Papa Benedicto XV una petición firmada por el Mayor General Jesús Rabí, numerosos oficiales y combatientes del ejército libertador y otros simpatizantes del mismo.

El mismo texto de la carta explica las motivaciones de aquellos mambises y cubanos ilustres:

A S.S. Benedicto XV Santísimo Padre:

Los que suscriben, hijos de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana a S.S. humildemente exponen:

Que son miembros unos y simpatizadores otros, del Ejército Libertador Cubano, título que constituye el timbre de nuestra mayor gloria, por sintetizarse en él, el supremo bien de la Libertad e Independencia de nuestra Patria; que junto a ese título, ostentamos otro, que es el de pertenecer a la Iglesia Católica Apostólica Romana, en cuyo seno nacimos, al amparo de sus preceptos vivimos y de acuerdo con ellos queremos dejar de existir; y esos dos títulos hacen que hoy, reunidos en la Villa del Cobre, en donde se encuentra el Santuario de la SANTÍSIMA VIRGEN DE LA CARIDAD, y postrados reverentemente ante su altar, acordemos acudir a S.S. para que realice la más hermosa de nuestras esperanzas y la más justa de las aspiraciones del alma cubana, declarando Patrona de nuestra joven República a la Santísima Virgen de la Caridad del Cobre».

Cuando los veteranos hicieron esa petición, Cuba había nacido a la nueva vida republicana, pero estaba limitada en el pleno ejercicio de su soberanía por arbitrarias disposiciones del gobierno norteamericano. Los veteranos de la gran guerra, muchos de los cuales firman la carta al Papa, habían conocido ya una gran frustración cuando,

finalizado el conflicto, no pudieron desfilan triunfantes por las calles de Santiago de Cuba, al no ser autorizados por el ejército norteamericano, que había intervenido en la guerra hispano-cubana, cuando la contienda se aproximaba a su fin. En aquella ocasión, dolidos y humillados, los gloriosos soldados del ejército libertador, a una orden del general Calixto García, se vieron representados en El Cobre por el Estado Mayor de su ejército con el General Agustín Cebreco al frente, y a los pies de la Virgen de la Caridad ofrecieron la Santa Misa en acción de gracias por el fin de la guerra. Esa fue la verdadera celebración de la liberación de Cuba del yugo colonial.

Como tantas veces en la manigua, como en tantas ocasiones de nuestra historia, la fe católica quedaba asociada a los avatares de la Patria. No olvidaban esto nuestros veteranos que llevaron en la columna invasora la imagen bendita de la Virgen de la Caridad. Tan suya la sintieron, que la llamaron Virgen mambisa y este título ha quedado presente en nuestros cantos y en nuestros rezos.

Cuba no fue nunca un país descreído o indiferente a la fe. Muchas veces, la mirada fría de algún culto visitante europeo del siglo pasado creyó descubrir, en la manera propia de ser y de sentir del criollo, cierta blandura que lo hacía inclinarse poco a las exigencias de la religión. Pero tienden a equivocarse los que hacen juicios apresurados de los pueblos en cualquier orden. También los que dijeron que los habitantes de la isla solo servían para bailar y cantar y que no eran capaces de grandes esfuerzos, se equivocaron. De esto da pruebas la guerra de independencia de Cuba, que fue la más dura y penosa de todas las de América Latina, pues el pueblo cubano casi se inmoló en aquella gesta en la cual participó el ejército más numeroso que Europa había enviado hasta entonces a ninguna parte del mundo.

La fe católica del pueblo cubano tiene como característica el resurgir una y otra vez, superando pruebas y crisis. Al gran florecimiento de la vida católica del siglo XVIII y comienzos del XIX, siguió la decadencia que produjo la dependencia de la Iglesia del poder real español en la segunda mitad del siglo pasado. Una condición indispensable para la vida de la Iglesia es su independencia del poder político.

Ese poder estaba en manos de anticlericales y liberales en España, los cuales, para mantener sometida a la isla de Cuba, decidieron disminuir la presencia cubana en la Iglesia de la Perla de las Antillas, y así se cerró prácticamente el Seminario a las vocaciones criollas; causando males profundos a la Iglesia en nuestro país. No podemos olvidar que en el Seminario San Carlos germinaron las semillas de la independencia de Cuba, sembradas por el Padre Félix Varela, el sacerdote criollo que nos enseñó a pensar primero y a pensar en cubano. El del Padre Varela es el primer pensamiento patriótico cubano articulado y bien fundamentado, apoyado en una ética cristiana integral, que incluía un rechazo absoluto de la esclavitud, considerada como lacra y pecado nacional; con una clara opción por la independencia total de nuestro país de toda otra nación.

El Padre Varela sabía bien que Cuba, una vez liberada del poder colonial, no podía caer en la dependencia política de los Estados Unidos, pues esto sería el fracaso de la nación cubana, cuya independencia él quería forjar. Los alumnos de Varela son los prohombres de la Patria y su pensamiento, con matices diversos, es el de su maestro.

La lucha por la independencia de Cuba no fue empresa de caudillos ni simple rebeldía con arrastre emocional. Hubo en ella valentía, heroísmo y sacrificio, pero ante todo hubo un pensamiento fundante claro y definido que proponía la independencia de

Cuba y la libertad de todos los cubanos como condiciones imprescindibles para el futuro de la Patria.

Los que lucharon en las dos guerras, Céspedes, Agramonte, Maceo, Martí, eran activos custodios y propagadores de aquel raigal sentir patriótico del Padre Varela y de los prohombres del Seminario San Carlos, y enriquecieron y completaron el pensamiento de ellos sin traicionarlo nunca, sellando su fidelidad con la entrega de sus vidas.

También los veteranos que se dirigían al Papa Benedicto XV forjaron su patriotismo en la tradición independentista y libertaria que, naciendo de Varela y del Seminario San Carlos, atraviesa nuestra historia hasta nuestros días.

Bien sabían los patriotas que firmaban la carta al Santo Padre, que algún obispo y algunos sacerdotes españoles se expresaron con dureza, incompreensión o desprecio de quienes llamaban insurrectos y aun facinerosos. Pero siempre supieron los cubanos distinguir muy bien entre estos ministros del Señor, llevados por lo que entendían era fidelidad a su nación, y los otros sacerdotes o católicos cubanos que como el Padre Varela desearon la independencia de su Patria y lucharon por ella, muriendo algunos ejecutados, como el Padre Francisco Esquembre y otros pobres y tristes en el exilio forzoso, como el mismo Padre Varela. También fueron desterrados los sacerdotes Ricardo Arteaga, tío de nuestro primer Cardenal, Miguel Domingo Santos, Juan Genaro Mata y muchos más.

Sabían nuestros veteranos que el repudiado cuerpo de voluntarios de La Habana había proclamado como su Patrona a la Virgen de la Caridad, pero sabían también que la Virgen era mambisa, era cubana, y que nadie se la podía apropiar. Por eso no vacilan en ser los portavoces del pueblo de Cuba y piden al Papa que la declare Patrona de nuestra Patria.

A la hora de buscar las figuras señeras que simbolicen la independencia de Cuba de todo poder extranjero no se puede olvidar al Padre Félix Varela, sacerdote católico de vida santa y entregada a su pueblo. Cuando se trata de descubrir el pensamiento fundante de la Patria, el que entra en la fragua de nuestra nacionalidad desde temprano, dándole solidez ética a la empresa difícil de la independencia de Cuba, sin ninguna aprobación de la esclavitud, con un claro ideal independentista y nunca anexionista, hay que estudiar a los hombres del Seminario San Carlos y conocer su pensamiento y la calidad de su formación patriótica. Y cuando se habla de esos fundadores aparece siempre la fe cristiana presente y actuante.

También cuando se habla del pueblo cubano, tanto del hombre sencillo como del más cultivado, de la mujer del campo o de la ciudad, y nos referimos a su fe religiosa, es imposible pasar por alto a la Virgen de la Caridad de El Cobre. A ella le rezaron nuestros mayores desde tiempo inmemorial. Ella fue la Virgen peregrina que recorrió con el ejército libertador los campos y pueblos de nuestra isla. Invocada en los combates, suplicada en el silencio de los hogares, venerada, con devoción única en nuestra tierra, en su Santuario de El Cobre, presente siempre en nuestra historia. Así lo expresan en su carta al Papa Benedicto XV nuestros veteranos:

«No pudieron ni los azares de la guerra, ni los trabajos para liberar nuestra subsistencia, apagar la fe y el amor que nuestro pueblo católico profesa a esa Virgen Venerada; y antes al contrario, en el fragor de los combates y en las mayores vicisitudes de la vida, cuando más cercana estaba la muerte o más próxima la

desesperación, surgió siempre como luz disipadora de todo peligro, o como rocío consolador para nuestras almas, la visión de esa Virgen cubana por excelencia, cubana por el origen de su secular devoción y cubana porque así la amaron nuestras madres inolvidables, así la bendicen nuestras amantes esposas y así la han proclamado nuestros soldados, orando todos ante Ella para la consecución de la victoria y para la paz de nuestros muertos inolvidados».

Ese es el papel de la Virgen María en la vida de los cristianos. Así aparece en los santos evangelios: presente cuando el Salvador del mundo entra en nuestra historia y los humildes pastores vienen a adorarlo, cuando en las bodas de Caná, donde se encuentra su Hijo, le pide a Jesús que haga algo por aquellos novios que no tienen vino que brindar. Y de pie, en la hora del dolor, junto a la Cruz, cuando Jesucristo entregaba su vida por la salvación de los hombres.

Nosotros también la sabemos siempre presente en la historia del pueblo cubano, desde el nacimiento de nuestra nación, en los momentos de alegría o cuando, como pueblo, hacemos la estación dolorosa al pie de la cruz. A ella le decimos lo que nos falta, o mejor, la Madre siempre está atenta a lo que necesitan sus hijos de Cuba. Ella está diciéndole a Jesús, como en Caná, que haga algo por nosotros. Nosotros tenemos nuestra fe y nuestra confianza siempre en Ella, como la que intercede especialmente por nuestra Patria ante su Hijo, Jesucristo, Nuestro Señor.

A la Virgen le confiamos siempre lo personal y lo que atañe a nuestras familias, pero también y sobre todo nuestra Patria, su independencia, la libertad de los cubanos, nuestro futuro.

El católico cubano es heredero del pensamiento cristiano y patriótico del Padre Félix Varela, de su celo independentista, de su amor a Cuba, de su fidelidad a la Iglesia. Los veteranos pidieron un día al Papa que declarara a la Virgen de la Caridad de El Cobre Patrona de Cuba; la Iglesia Católica cubana trabaja y ora hoy porque el Padre Félix Varela tenga el honor de los altares. A la Virgen de la Caridad pedimos que el proceso de beatificación del Padre Félix Varela llegue pronto a término, para que la santidad de su vida sea cada vez más una luz que ilumine a los cubanos y a todos los latinoamericanos.

Esta conmemoración celebra nuestra fe cristiana, la devoción a la Virgen de la Caridad y el amor a nuestra Patria. De este modo sirve a Cuba la Iglesia Católica en nuestra nación. Como la Virgen María en las bodas de Caná, la Iglesia está en medio de nuestro pueblo, siente sus angustias, comparte sus alegrías y eleva su oración a Jesús por el bien y la felicidad de todos los cubanos. El amor a Dios y el amor a Cuba estuvieron unidos en nuestro camino hacia la independencia y hacia la libertad y permanecerán siempre unidos en nuestros corazones, como lo estuvieron en los veteranos que pidieron al Papa que la Virgen de la Caridad fuera proclamada Patrona de Cuba.

Que la Virgen de la Caridad mantenga siempre viva en nuestro pueblo la fe católica y el amor a la Patria. Esa es nuestra oración en este día y siempre.